

Annie Dillard

Quienes viven

Traducción de Mónica Rubio Fernández

sabina
editorial

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

Los Fishburn

13

LIBRO SEGUNDO

John Ireland

61

LIBRO TERCERO

Eustace y Minta

117

LIBRO CUARTO

Obenchain y Clare

201

LIBRO QUINTO

Primavera

317

LIBRO SEXTO

Pánico

423

LIBRO SÉPTIMO

Después

489

CAPÍTULO 1

El asentamiento llamado Whatcom, otoño de 1855

El marinero soltó el timón y Ada Fishburn sintió cómo el barco iba dando la vuelta y se dirigía hacia el bosque. Ada, una joven ágil que llevaba un chal marrón y una capota de ala ancha para protegerse del sol que le enmarcaba el rostro, permaneció de pie en la proa. Llevaba en brazos a su hijo pequeño, Glee.

Sin hacer ruido, la goleta se deslizó a lo largo de una especie de muelle que llegaba hasta el agua desde la playa. Aquel muelle representaba el asentamiento de la bahía de Bellingham. Ada Fishburn llevaba casi una semana navegando por el estrecho de Puget a lo largo de aquella selva impenetrable. Ese mismo tipo de bosque crecía también en las islas junto a las que pasaban: los árboles se erguían rectos. Ya había visto aquel muro de árboles durante bastante tiempo como para saber que hasta cuando el sol y el cielo brillaban con fuerza sobre él, y el mar cegador relucía delante, siempre estaba oscuro.

A su espalda, desde el muelle, Ada oyó a su hijo mayor, Clare, cantando una canción. Clare tenía cinco años; era un niño grande para su edad, de piernas con huesos largos, como su padre. La vida era amable con él y él la disfrutaba. Ada volvió la vista atrás y vio a su marido, Rooney, que trasladaba hasta la borda sus cuatro toneles, sus cinco cajas, sus cuatro barriles y el colchón de plumas enrollado. Tan pronto como Rooney lo colocó sobre el muelle, el joven Clare trepó descalzo sobre el montón. Rooney ató a las dos vacas y tendió las cuerdas a Clare para que las sujetara. El niño cantó a las vacas, que estaban moribundas. Ni el hombre ni el niño alzaron la vista para ver dónde desembarcaban; ella sintió al fin algún consuelo, pues aunque el lugar donde estaba le importaba poco después de haber perdido a su hijo Charley durante la travesía por tierra, le habría pesado ver triste a Rooney, que había puesto toda su fe en aquel lugar.

Ada y Rooney sacaron sus posesiones del muelle. El bebé, Glee, seguía dormido moviendo los labios, y se lo perdió todo. La goleta se marchó en dirección al norte y dejó allí a la familia.

Era el extremo más abrupto del mundo, donde los árboles crecían hasta sobre las piedras. A Ada le pareció como si la esquina del continente se hubiera desgarrado allí mismo en la costa, prácticamente ayer, y los árboles oscuros siguieran creciendo como si nada hubiera sucedido. El océano rellenaba aquel desgarro y se apaciguaba. Aquello era el estrecho de Puget, y algunos otros brazos de mar de los que solía hablar Rooney, y no podía ver nada más ni en ellos ni por los alrededores, aparte de unos cuantos patos negros y unas islas redondas y verdes. Si Ada permanecía quieta, el agua salada le mojaba los zapatos. Más hacia el sur, sobre el agua, distinguió una nítida línea de montañas cubiertas de nieve. Desde el barco había visto unas cuantas como salidas de ninguna parte, entre ellas una gran montaña blanca solitaria hacia la que habían navegado durante toda la mañana, que ahora escondía el bosque; parecía como si su ladera empezara justo allí, detrás de las dos primeras filas de árboles. Dios pudo haber creado una costa así antes de que se le ocurriera crear a las personas, y cuando pensó en crear a las personas, suavizó la tierra con las palmas de sus manos en aquellos lugares donde le pareció que vivirían, entre los que no se encontraba aquel sitio.

Rooney examinó el muelle inclinado. Dobló su delgado cuerpo y estudió los pilares y las planchas de madera desde abajo como si el muelle fuera una maravilla del universo. Cuando volvió a enderezarse, Ada trató de descifrar su expresión, pero nunca podía, pues su espesa barba roja parecía crecerle directamente de debajo del ala del sombrero, y solo asomaba la punta de la nariz. Lo vio arrancar unas hojas de hierba verde en el lindero del bosque y dárselas a comer a las vacas pintas. Después desapareció un momento por un empinado sendero junto al muelle, regresó, y se dirigió a la playa.

Ada permaneció en medio del silencio junto al montón de sus pertenencias. El colchón de plumas estaba en lo alto, sobre los barriles, para mantenerse seco. Remetió una de las esquinas para que no se manchara con la arena de los barriles. La boca, escondida en la ca-

pota, se le arqueaba en una mueca grave. Las cejas oscuras casi se le unían sobre la nariz; tenía los ojos redondos y negros. Se obligó a mirar a su alrededor; movió lentamente la cabeza. La playa era una tira estrecha de guijarros, piedras y viejos troncos blanquecinos colocados pulcramente en fila como un collar allá donde la playa se unía al bosque. El pequeño Clare se puso a arrancar ramas de los troncos de la playa y a tirarlos al agua. Después corrió a lo largo de los troncos y, cada vez que se detenía, Ada veía su huesuda cabeza observándolo todo a su alrededor. Era octubre. La capa de nubes se cernía alta y lejana, y los troncos de la playa y el agua tranquila parecían de plata.

Ada recitó para sí: “Pues somos extraños ante ti, y residentes de paso, como lo fueron nuestros padres: nuestros días sobre la tierra son como una sombra, y nada hay duradero”. Las nubes en lo alto seguían quietas. No había olas. Un pez rompió el brillo del agua. No es que estuviera lloviendo, pero todo estaba húmedo.

Un poco más tarde vio unas cuantas columnas delgadas de humo y algunas cabañas bajo los árboles, detrás del muelle; al principio no había visto las cabañas porque se encontraban en una parte baja, entre las raíces de los árboles, y ella había buscado demasiado arriba, pensando que los árboles eran más pequeños. Durante todos aquellos días de navegación junto a los árboles, no había tenido nada con qué compararlos. Rooney volvió a su lado sin decir nada. Mientras Ada contemplaba el agua como cristal y las islas oscuras, unas cerca y otras lejos, llegó un indio.

El indio, que llevaba una chistera, remaba por el agua a lo largo de la costa en una canoa hecha de un tronco ahuecado. Remolcaba otra canoa en la que no iba nadie. Era un hombre de cuerpo liso, casi desnudo, cuyo rostro tenía una expresión delicada, modesta. El sombrero le sobresalía extraño sobre la cabeza. Sostenía un remo bajo con una mano y empujaba ligeramente el extremo superior con la otra; iba moviendo los hombros redondos y potentes. El agua plateada se cerraba con suavidad tras su paso. El pequeño Clare debió verlo, pues llegó corriendo hasta la orilla desde los troncos.

El hombre atracó la canoa de madera. Rooney franqueó de unas cuantas zancadas la distancia hasta el agua. Clare se metió directa-